



y numerosidad de fray Luis de Granada, la enmienda del estilo de la *República literaria*, unas y otras mil veces digna de alabanza: y considerando así en otros pocos y felices escritores las perfecciones que brillan más en sus obras, tenga bien entendido que la bien ordenada y decorosa composición de todas ellas es la idea verdadera de la elocuencia española, y la única que con aplicación, dili-

gencia y ejercicio se debe imitar y procura seguir. Aspiremos, pues, á ésta. Trabajemos por acercarnos á ella cuanto nos sea posible. Está España infamada de poco elocuente. Vindicad su honra, españoles. Generosísimos espíritus, vindicad la vuestra.

LAUS DEO.

DIALOGO DE LAS LENGUAS

MARCIO

VALDES

CORIOLANO

TORRES

Marcio. Pues los mozos son idos á comer, y nos han dejado solos, ántes que venga alguno que nos estorbe, tornemos á hablar en lo que comencé á deciros esta mañana.

Valdes. No me acuerdo de qué cosa que-rais decir.

Marcio. ¿Cómo? ¿No os acordais que os dije cómo de aquello que habíamos platicado, me era venida á la memoria una honesta curiosidad, en la cual muchos dias há deseo platicar con vos?

Valdes. Ya me acuerdo. No tenía cosa más olvidada.

Marcio. Pues nosotros, por obedeceros y serviros, habemos hablado esta mañana en lo que vos habeis querido, y muy cumplidamente os habemos respondido á todo lo que nos habeis preguntado; cosa justa es que, siendo vos tan cortés y bien criado con todo el mundo, como todos dicen que sois, lo seais tambien con nosotros, holgando que hablemos esta tarde en lo que más nos contentáre, respondiéndonos y satisfaciéndonos á las preguntas que os proponeremos, como nosotros habemos hecho á las que vos nos habeis propuesto.

Valdes. Si no adornárades esta vuestra demanda con tanta retórica, liberalmente me ofreciera á obedeceros: ahora, viéndoos venir ataviado en vuestra demanda con tantas razones, sospechando me quereis meter en cualquier cosa enojosa, no sé qué responderos, si primero no me decís claramente qué es lo que que-rais de mí.

Marcio. Lo primero que queremos es que,

sin querer saber más, nos prometáis ser obediente á lo que os demandáremos.

Valdes. Confiando en vuestra discrecion, que no querréis cosa de mí que no sea razonable y honesta, os prometo de ser obediente.

Marcio. No me contento con eso, y quiero que á todos tres nos deis vuestra fe que lo haréis así.

Valdes. ¿A qué propósito me quereis obligar tan estrechamente? ¿Habeis, por ventura, concertado todos tres para meterme en cualquier cosa enojosa? Hora, sús, sea lo que fuere, digo que os doy mi fe, que responderé como supiere á todo lo que esta tarde me queréis preguntar. ¿Estais contentos?

Marcio. Yo, por mi parte, estoy contentísimo.

Coriolano. A mí harto me basta.

Torres. Pues para mí no era menester más que la primera promesa.

Valdes. Sús, pues, comenzad á preguntar, que me teneis confuso hasta saber qué misterios son estos que quereis entender de mí.

Marcio. ¡Misterios! Y ¡cómo! Si bien supiédeses...

Valdes. Sea lo que fuere, acabad ya; por amor de Dios, decidlo.

Marcio. Soy contento. Bien os debeis acordar cómo al tiempo, que agora há dos años partístes desta tierra para Roma, nos prometístes á todos tres que conservariades y tendríades nuestra amistad, como habeis hecho, con vuestras continuas cartas; agora sabed que, despues de vos ido, nosotros nos conser-



tamos desta manera: que cualquier de nosotros que recibiese carta vuestra, la comunicase con los otros; y esto habemos hecho siempre así. Con ello habemos tomado mucho descanso, pasatiempo y placer, porque con la lición refrescábamos en la afición de nuestro amigo absente, y con los chistes y donaires de que continuamente vuestras cartas venian adornadas, teníamos de qué reír y con qué holgar; y notando con atención los primores y delicadezas que guardábades y usábades en vuestro escribir castellano, teníamos sobre qué hablar y contender; porque el señor Torres, como hombre nacido y criado en España, presumiendo saber la lengua tan bien como otro, y yo, como curioso della, deseándola saber así bien escribir como la sé hablar, y el señor Coriolano, buen cortesano, queriendo del todo entenderla, porque, como veis, ya en Italia, así entre damas como entre caballeros, se tiene por gentileza y galanía saber hablar castellano, siempre hallábamos algo que notar en vuestras cartas, así en lo que pertenecía á la ortografía, como á los vocablos, como al estilo; y acontecia como topábamos algunas cosas que no habíamos visto usar ya á los que los teníamos por tan bien hablados y bien entendidos en la lengua castellana cuanto á vos, muchas veces veníamos á contender reciamente, cuándo sobre unas cosas, cuándo sobre otras, porque cada uno de nosotros, cuándo queria ser maestro ó no queria ser discípulo. Ahora que os tenemos aquí, pues que nos podréis dar razon de lo que así habemos notado en vuestra manera de escribir, os pedimos por merced nos satisfagais buenamente á lo que os demandáremos: el señor Torres, como natural de la lengua; el señor Coriolano, como novicio della; y yo, como curioso della.

Valdes. Si me dijérades esto ántes de comer, pusiérasdeme en duda si lo decíades de toda verdad ó no; pero considerando que es despues de comer, y creyendo que con mostrarnos hombre del Palacio habéis querido celebrar vuestro convite, me resuelvo en no creer nada de lo que decís; y digo que si quereis saber algo de mí, debéis dejar los donaires por ahora, pues sabéis que si yo tomo la mano, ganaréis conmigo lo que suele ganar un cosario con otro.

Coriolano. Mejor manera de burlar me parece la vuestra; pues queriendo hacer del juego maña, pensais libraros de la fe que nos habeis dado, y engañáisos, porque de ninguna manera os la soltarémos si primero no nos respondeis muy entera y cumplidamente á todo lo que os preguntáremos sobre la materia propuesta, en la cual se os ha dicho realmente lo

que en vuestra ausencia pasaba y lo que queremos de vos.

Valdes. ¿Quereis que os diga la verdad? Aun con todo eso pienso que me burlais.

Torres. Si no quereis creer á ellos, creedme á mí; que todo lo que os dicen es la pura verdad.

Valdes. Más quisiera que fuera la pura mentira: porque me parece cosa tan fuera de propósito esta que quereis, que apénas os creeros.

Marcio. Maravíllome mucho que os parezca cosa tan extraña el hablar en la lengua que os es natural. Decidme: si las cartas de que os queremos demandar cuenta fueran latinas. ¿tuviaérades por cosa fuera de propósito que os demandáramos cuenta dellas?

Valdes. No, que no la tuviera por tal.

Marcio. ¿Por qué?

Valdes. Porque he aprendido la lengua latina por arte y libros, y la castellana por uso; de manera que de la latina podria dar cuenta por el arte y por los libros en que la aprendí, y de la castellana no, sino por el uso comun del hablar; por donde tengo razon de juzgar por cosa fuera de propósito que me querais demandar cuenta de lo que está fuera de toda cuenta.

Marcio. Si os demandásemos cuenta de lo que otros escriben de otra manera que vos, tendríades razon de excusaros: pero demandároslo de lo que vos escribís de otra manera que otros, con ninguna razon os podeis excusar.

Valdes. Cuando bien lo que decís sea así, no dejaré de excusarme, porque me parece cosa fuera de propósito que querais vosotros ahora que perdamos nuestro tiempo hablando en una cosa tan baja y plebeya como es punticos y primorcitos de lengua vulgar, cosa á mi ver tan ajena á vuestros ingenios y juicios, que por vuestra honra no querria hablar en ella, cuando bien á mí me fuere muy sabrosa y apacible.

Marcio. Pésame oiros decir eso. ¿Cómo? Y ¿paréceos que el Bembo perdió su tiempo en el libro que hizo sobre la lengua toscana?

Valdes. No soy tan diestro en la lengua toscana que pueda juzgar si lo ganó ó lo perdió. Séos decir, que á muchos he oido decir que fué inútil cosa aquel su trabajo.

Marcio. Los mismos que dicen eso, os prometo se aprovechan muchas veces desa que dicen cosa inútil; y hay muchos que son de contraria opinion, porque admiten y aprueban las razones que él da, por donde prueba que todos los hombres somos más obligados á ilustrar y enriquecer la lengua que nos es natu-



ral y que mamamos en las tetas de nuestras madres, que no la que nos es pegadiza y que aprendemos en libros. ¿No habeis leído lo que dice sobre esto?

Valdes. Sí que le he leído; pero no me parece todo uno.

Marcio. ¿Cómo no? ¿No teneis por tan elegante y tan gentil la lengua castellana como la toscana?

Valdes. Sí que la tengo; pero tambien la tengo por más vulgar, porque veo que la toscana está ilustrada y enriquecida por un Boccaccio y un Petrarca, los cuales, siendo buenos letrados, no sólo se preciaron de escribir buenas cosas, pero procuraron de escribirlas con estilo muy propio y muy elegante; y como sabeis, la lengua castellana nunca ha tenido quien escriba en ella con tanto cuidado y miramiento quanto sería menester para que hombre, queriendo dar cuenta, ó de lo que escribe diferente de los otros, ó reformar los abusos que hay hoy en ella, se pudiese aprovechar de su autoridad.

Marcio. Quanto más conocéis eso, tanto más os debriades avergonzar vosotros, que por vuestra negligencia hayais dejado y dejeis perder una lengua tan noble, tan entera, tan gentil y tan abundante.

Valdes. Vos teneis mucha razon; pero eso no toca á mí.

Marcio. ¿Cómo no? ¿Vos no sois castellano?

Valdes. Sí que lo soy.

Marcio. Pues ¿por qué esto no toca á vos?

Valdes. Porque no soy tan letrado ni tan leído en cosas de ciencia quanto otros castellanos, que muy largamente podian hacer lo que vos quereis.

Marcio. Pues ellos no lo hacen, y á vos no os falta habilidad para hacer, no os debriades excusar dello, pues cuando bien no hiciédeses otra cosa que despertar á otros á hacerlo, haríades harto; quanto más que aquí no os rogamos que escribais, sino que habeis; y como sabeis, palabras y plumas el viento las lleva.

Torres. No os hagais, por vuestra fe, tanto de rogar en una cosa que tan fácilmente podeis cumplir, quanto más habiéndola prometido, y no teniendo causa justa con que excusaros; porque la que decís de autores que os faltan para defenderos no es bastante, pues sabeis que para la que llamais ortografía y para los vocablos os podeis servir de Antonio de Lebrija, y para el estilo del libro de Amadis de Gaula.

Valdes. Sí por cierto; muy grande es el autoridad de esos dos para hacer fundamento en

ella, y muy bien debéis haber mirado el vocabulario de Lebrija, pues decís eso.

Torres. ¿Cómo? ¿No os contenta?

Valdes. ¿Por qué quereis que me contente? ¿Vos no veis que aunque Lebrija era muy docto en la lengua latina, que esto nadie se lo puede quitar, al fin no se puede negar que era andaluz, y no castellano, y que escribió aquel su vocabulario con tan poco cuidado, que parece haberlo escrito por burla? Si ya no quereis decir que hombres envidiosos, por afrentar al autor, han gastado el libro.

Torres. En eso yo poco me entiendo; pero ¿en qué lo veis?

Valdes. En que, dejando aparte la ortografía, en la cual muchas veces peca en la declaración que hace de los vocablos castellanos, en los latinos se engaña tantas veces, que sois forzado á creer una de dos cosas: ó que no entendia la verdadera significacion del latin, y esta es la que yo ménos creo, ó que no alcanzaba la del castellano, y ésta podria ser, porque él era andaluz, adonde la lengua no está muy pura.

Torres. Apénas puedo creer eso que me decís, porque á hombres muy señalados en letras he oido decir todo lo contrario.

Valdes. Si no lo quereis creer, id á mirarlo, y hallaréis que por *aldeano*, dice *vicinus*; por *brío en costumbres*, *morositas*; por *cecear* y *ceceoso*, *balbutire* y *balbus*; por *lozano*, *lacivus*; por *maherir*, *deligere*; por *mozo para mandados*, *amanuensis*; por *mote ó motete*, *epigramina*; por *padrino de boda*, *paranymphus*; por *racon de palacio*, *sportula*; por *sabidor de lo suyo solamente*, *idiota*; por *villano castellano*, y por *rejalgar*, *aconitum*. No os quiero decir más, porque sé que entendeis poco de la lengua latina, y porque me parece bastan estos vocablos para que, si los entendeis, creais que los hombres de letras que decís no debían tener tantas como vos pensais, ó no lo debían haber mirado con tanta atención como yo; y para que veais que no me puedo defender con el autoridad de Lebrija.

Torres. Confieso que teneis razon.

Valdes. Es tanta, que si bien la entendíades, soy cierto me tendríades ántes por modesto en el notar poco, que por insolente en el reprender mucho; mas quiero que sepais que aún hay otra cosa por que no estoy bien con Lebrija en aquel vocabulario, y es ésta: que parece que no tuvo intento á poner todos los vocablos españoles, como fuera razon que hiciera, sino solamente aquellos para los cuales hallaba vocablos latinos ó griegos que los clarasen.



Torres. Basta lo dicho: yo estaba muy engañado.

Valdes. Pues cuanto al autor de *Amadis de Gaula*, cuánta autoridad se le deba dar, podeis juzgar por esto que hallaréis, si mirais en ello, que en el estilo peca muchas veces con no sé qué frías afectaciones que le contentan, las cuales creo bien que se usaban en el tiempo que él escribió, y en tal caso no sería digno de reprension, ó quiso acomodar su estilo al tiempo que dice aconteció su historia, y esto sería cosa muy fuera de propósito, porque él dice que aquella su historia aconteció poco despues de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, y la lengua que él escribe no se habló en España hasta muchos años despues. Esto mismo se puede decir de los vocablos. Cuanto á lo de la ortografía, no digo nada, porque la culpa se puede atribuir á los impresores, y no al autor del libro.

Marcio. Hora, sús, no perdamos tiempo en esto. Si no teneis libros en castellano con cuya autoridad no podais satisfacer á lo que de vuestras cartas os preguntáremos, á lo ménos satisfacednos con las razones que os mueven á escribir algunas cosas de otra manera que los otros; porque puede ser que éstas sean tales, que valgan tanto quanto pudiera valer la autoridad de los libros, quanto más que, á mi parecer, para muchas cosas os podeis servir del cuaderno de *Refranes castellanos* que me decís cogisteis entre amigos estando en Roma, por ruego de ciertos gentiles hombres romanos.

Torres. Muy bien habeis dicho, porque en aquellos refranes se ve muy bien la puridad de la lengua castellana.

Coriolano. Antes que paseis adelante, es menester que sepa yo qué cosa son refranes.

Valdes. Son proverbios ó adagios.

Coriolano. ¿Y teneis libro impreso de ellos?

Valdes. No de todos; pero siendo muchacho, me acuerdo de haber visto algunos mal glosados.

Coriolano. ¿Son como los latinos y griegos?

Valdes. No tienen mucha conformidad con ellos, porque los castellanos son tomados de dichos vulgares, los más de ellos nacidos y criados entre viejas tras del fuego, hilando sus ruecas; y los griegos y latinos, como sabeis, son nacidos entre personas doctas, y están celebrados en libros de mucha doctrina; pero para considerar la propiedad de la lengua castellana, lo mejor que los refranes tienen es ser nacidos en el vulgo.

Torres. Yo os prometo, si no fuese cosa

contraria á mi profesion, que me habria algunos años há determinadamente puesto en hacer un libro en la lengua castellana, como uno que diz que Erasmo ha hecho en la latina, allegando todos los refranes que hallase, y declarándolos lo ménos mal que supiese, porque he pensado que en ello haria un señalado servicio á la lengua castellana.

Valdes. Tambien era Julio César de vuestra profesion; pero no tuvo por cosa contraria á ella con la pluma en la mano escribir de noche lo que con la lanza hacia de dia; de manera que la profesion no os excusa. ¿No habeis oido decir que las letras no embotan la lanza?

Torres. Vos decís muy bien, y yo lo conozco. Dadme á mí el sujeto que tuvo César, que escribia lo que él hacia, y no lo que otros decian, y entónces veréis si tengo por deshonra escribir; pero porque parece que escribir semejantes cosas á ésta pertenece más á hombres de haldas que de armas, no me he querido poner en ello.

Valdes. Pues aunque yo no hago profesion de soldado, pues tampoco soy hombre de haldas, pensad no os tengo de consentir que me molais aquí preguntándome niñerías de la lengua; por tanto, me resuelvo con vosotros en esto: que si os contentan las cosas que en mis cartas habeis notado, las tomeis y las vendais por vuestras, que para ello yo os doy licencia; y si os parecen mal, las dejeis estar, pues para mí harto me basta haber conocido por vuestras respuestas que habeis entendido lo que he querido decir en mis cartas.

Marcio. Porque lo que en vuestras cartas habeis notado es de calidad que ni lo podemos tomar por bueno, porque no todos lo aprobamos del todo, ni lo podemos desechar por malo, porque hay cosas que nos satisfacen y hay otras que no entendemos, es menester que en todo caso nos deis cuenta, no solamente de lo que habeis escrito, pero aun de lo que dello depende ó puede depender. Vuestra fe y palabra nos habeis dado, y aunque no querais, lo habeis de cumplir.

Valdes. No se haria más en el monte de Torozos, ó como acá decís, en el bosque de Bracano; y pues, como dicen en mi tierra, donde fuerza viene, derecho se pierde, yo me determino en obedeceros. Empezad á preguntar, que yo os responderé; pero ya que así lo quereis, será bien que todos tres os concertéis en el orden que quereis llevar en vuestras preguntas, porque no os confundais en ellas; hacedlo así, y entre tanto me saliré yo al jardín á tomar un poco de aire.



Marcio. Muy bien decís; en merced os lo tenemos. Andad con Dios, que presto os llamaremos.

Torres. Pues habemos cogido y prendado á Valdes, no lo dejemos en ninguna manera sin que primero lo examinemos hasta el postrer pelo, porque yo le tengo por tal, que ninguna cosa escribe sin fundamento; y apostaria que tiene en sus papeles notadas algunas cosillas sobre esta materia de que le queremos hablar. Esto creo así, porque no ví en mi vida hombre más amigo de escribir. Siempre en su casa está hecho un escritor de poyo, la péñola en la mano; tanto, que creo escribe de noche lo que hace de dia, y de dia lo que ensueña de noche.

Marcio. Bien decís; y pues vos, que sois más diestro en la lengua, sabréis mejor lo que conviene preguntar, á vos toca ordenarlo de manera que no nos confundamos.

Torres. Antes yo me remito á cualquiera de vosotros, que sois; que yo más entiendo de desordenar que de ordenar.

Marcio. Si os quereis gobernar por mí, haremos de esta manera. En la primera parte le preguntáremos lo que sabe del origen ó principio que han tenido, así la lengua castellana como las otras lenguas que hoy se hablan en España. En la segunda, lo que pertenece á la Gramática. La tercera, lo que le habemos notado en el escribir unas letras más que otras. La cuarta, la causa que lo mueve á poner ó quitar en algunos vocablos una sílaba. En la quinta le pedirémos nos diga por qué no usa de muchos vocablos que usan otros. La sexta, le rogarémos nos avise de los primores que guarda quanto al estilo. En la sétima le demandáremos su parecer acerca de los libros que están escritos en castellano. Al último haremos que nos diga su opinion sobre qué lengua tiene por más conforme á la latina, la castellana ó la toscana. De manera que lo primero será del origen y de la lengua; lo segundo, de la Gramática, lo tercero, de las letras, donde entra la ortografía; lo cuarto, de las sílabas; lo quinto, de los vocablos; lo sexto, del estilo; lo sétimo, de los libros; lo último, de la conformidad de lenguas. ¿Conténtaos esta manera de proceder?

Torres. Es la mejor del mundo, con tal condicion que la guardemos de tal manera que ninguno se pueda salir della.

Coriolano. Yo deseo siempre prevenir, por no ser prevenido; y así querria que pusiésemos escondido en algun lugar secreto un buen escribano para que notase los puntos principales que aquí se dijese; porque podria ser que con

ese principio engolosinásemos á Valdes de tal manera, que le hiciésemos componer qualche diálogo de lo que aquí platicáremos.

Marcio. Habéislo pensado muy bien; hágase así. Poned á mi Aurelio, que, como sabeis, es entendido en entrambas lenguas, y ordenalde lo que ha de hacer, miéntras que yo voy á llamar á Valdes, que lo veo pasear muy pensativo; pero mirad que mandeis que el casero esté á la puerta, para que, si viniere alguno, sea quien fuere, diga que no estamos aquí, porque no nos estorben; y porque los que vinieren lo crean, y se vayan con Dios, mandad que los mozos se pasen á jugar á la parte de la mar, porque de otra manera no haríamos nada.

Coriolano. Decís muy bien: presto será hecho.

Valdes. Hora, sús; véisme aquí más obediente que un cordero manso.

Marcio. Soy cierto que la plática no puede andar sino bien; y porque no perdamos tiempo, con licencia destos señores quiero yo tomar la mano.

Torres. Yo, por mí, tanto recibiré merced, que vos hagais todas las preguntas principales; de manera que nosotros dos andemos sobresalientes.

Marcio. Acepto la merced; y comenzando á preguntar, digo, señor Valdes, que lo primero que querria saber de vos, es de dónde tuvieron origen y principio las lenguas que hoy se hablan en España, y principalmente la castellana; porque, pues habemos de hablar dellas, justo es que sepamos su nacimiento.

Valdes. Muy larga me la levantai, tanto, que esto más es querer saber historias que Gramática; y pues vosotros holgais desto, de muy buena gana os diré todo lo que acerca desto he considerado. Estad atentos, porque sobre ello me digais vuestros pareceres; y porque la lengua que hoy se habla en Castilla, de la cual vosotros quereis ser informados, tiene parte de la lengua que se usaba en España ántes que los romanos la enseñoreasen, y tiene tambien alguna parte de la de los godos, que sucedieron á los romanos, y mucha de los moros, que reinaron muchos años, aunque la principal parte es de la lengua que introdujeron los romanos, que es la lengua latina; será bien que primero examinemos qué lengua era aquella antigua que se usaba en España ántes que los romanos viniesen á ella. Lo que por la mayor parte los que son curiosos destas cosas tienen y creen, es que la lengua que hoy usan los vizcainos es aquella antigua española. Esta opinion confirman con dos razones harto